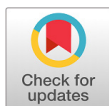


Traductores e intérpretes en la literatura de viajes a la Unión Soviética publicada en España e Iberoamérica (1924-1934)¹



Marcos Rodríguez-Espinosa

respinos@uma.es

<https://orcid.org/0000-0001-8982-9293>

Universidad de Málaga, España

Resumen

En este trabajo estudiamos un conjunto de relatos de viajes de autores españoles e iberoamericanos a la Unión Soviética, publicados en los años veinte y treinta del siglo xx, a partir de los cuales analizamos una serie de aspectos apenas tratados en los estudios de traducción, como son: 1) la dependencia que tienen muchos viajeros foráneos, desconocedores de la lengua rusa, de los intérpretes que les son asignados por las autoridades soviéticas, las divergencias ideológicas que surgen entre ellos y las polémicas interpretaciones del paraíso soviético de algunos de estos mediadores; 2) la conexión de los viajeros con organizaciones del nuevo régimen, como la Sociedad de Relaciones Culturales de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas con el Extranjero (voks), a través de las cuales conocen el funcionamiento de las editoriales estatales, así como a hispanistas y traductores literarios soviéticos y a autores del realismo socialista, algunos ya difundidos por editoriales de lengua española a ambos lados del Atlántico; y 3) el encuentro de los viajeros estudiados con traductores españoles e iberoamericanos que, en la Unión Soviética, trabajan para editoriales dependientes de la Internacional Comunista, que también financiará proyectos culturales en España e Iberoamérica.

Palabras clave: historia de la traducción, literatura de viajes, traducción e ideología, traductor activista, traductor literario

Translators and Interpreters in the Soviet Union Travel Literature
Published in Spain and Ibero-America (1924-1934)

Abstract

In this paper we will study a number of travel accounts by Spanish and Latin American authors visiting the Soviet Union, which were published in the 1920s and 1930s. From those accounts, we will analyze a series of aspects scarcely treated in translation studies, such as: (1) the dependence of many foreign travelers, unfamiliar with the Russian language, on the interpreters assigned to them by Soviet authorities, the ideological divergences that arise among them, and the polemical interpretations of

¹ Este artículo ha sido elaborado, en parte, durante una estancia de investigación realizada durante el mes de abril de 2024 en el Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México.



the Soviet paradise of some of these mediators; (2) the travelers' connection with organizations of the new regime, such as the Society for Cultural Relations of the Union of Soviet Socialist Republics with Foreign Countries (voks), through which they got to know the workings of the State publishing houses, as well as Soviet Hispanists and literary translators and authors of socialist realism, some of them already published by Spanish-language publishers on both sides of the Atlantic; and (3) the meeting of the travelers studied with Spanish and Latin American translators who work in the Soviet Union for publishing houses dependent on the Communist International, which will also fund cultural projects in Spain and Ibero-America.

Keywords: history of translation, travel literature, translation and ideology, activist translator, literary translator

Traducteurs et interprètes en Union soviétique littérature de voyage
publiée en Espagne et en Ibéro-Amérique

Résumé

Dans cet article, nous étudions un ensemble de récits de voyage d'auteurs espagnols et latino-américains en Union soviétique, publiés dans les années 1920 et 1930, à partir desquels nous analysons une série d'aspects rarement traités dans les études de traduction, tels que : 1) la dépendance de nombreux voyageurs étrangers, peu familiarisés avec la langue russe, à l'égard des interprètes qui leur sont assignés par les autorités soviétiques, les divergences idéologiques qui surgissent entre eux et les interprétations polémiques du paradis soviétique de certains de ces médiateurs ; 2) la mise en relation des voyageurs avec des organisations du nouveau régime, comme la Société pour les relations culturelles de l'Union des républiques socialistes soviétiques avec l'étranger (voks), qui leur permet de connaître le fonctionnement des maisons d'édition d'État, ainsi que les hispanistes et traducteurs littéraires soviétiques et les auteurs du réalisme socialiste, dont certains sont déjà publiés par des éditeurs hispanophones des deux côtés de l'Atlantique ; et 3) la rencontre des voyageurs étudiés avec des traducteurs espagnols et latino-américains qui, en Union soviétique, travaillent pour des maisons d'édition dépendant de l'Internationale communiste, laquelle finance également des projets culturels en Espagne et en Ibéro-Amérique.

Mots clef : histoire de la traduction, récits de voyage, traduction et idéologie, traducteur activiste, traducteur littéraire

Introducción

Durante el período comprendido entre la Revolución rusa (1917-1923) y la guerra civil española (1936-1939), la literatura de viajes a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (Unión Soviética, URSS) constituye un próspero negocio editorial, en el que abundan tanto testimonios favorables al nuevo régimen como textos antisoviéticos de autores de distintas nacionalidades, que alcanzarán gran popularidad entre lectores de diversas lenguas y estratos sociales. Estos libros recogen en sus páginas descripciones de una realidad política que “desde entonces delimita un territorio y funda un escenario que, precisamente por eso, supo convocar a viajeros, cronistas, intelectuales y políticos de todo el mundo” (Saïtta, 2007, p. 8), y narrativas revolucionarias que configuran “un poderoso imaginario que dominó todo el siglo xx” (Tarcus, 2017, p. 9).

Desde principios de la década de los veinte, buena parte de las crónicas de los viajeros a la URSS, en gran medida gracias a la propaganda soviética, contribuirá a construir “el mito de la Revolución de Octubre” (Elorza y Bizcarrondo, 1999, p. 80) y a divulgar las conquistas sociales, económicas y políticas de “la patria del socialismo”, hasta el punto de poderse observar que “la rusófila se convirtió en una auténtica fiebre, en torno a 1930” (Navarra, 2016, p. 14).

Sobre la relación asimétrica entre la Historia “real” y los estudios de traducción, Rundle y Rafael (2016, pp. 223-257) afirman que la mayoría de los historiadores consideran la mediación lingüística como algo meramente instrumental y periférico a su labor de investigación, y que apenas si prestan atención al poder de la traducción como lente interpretativa a través de la cual reevaluar un objeto histórico desde perspectivas novedosas. Maier (2007, p. 9) apunta, además, que la escasa literatura académica existente sobre la presencia de traductores e intérpretes en conflictos mundiales

hace de sus memorias y relatos personales una relevante fuente de información acerca de los retos profesionales y las biografías de estos mediadores, y sobre la conexión de sus historias.

Al respecto, en este artículo estudiamos veinte libros de viaje a la URSS y de memorias de estadía en la URSS salidos de la pluma de un conjunto de autores españoles e iberoamericanos, entre los que se incluyen los españoles Ángel Pestaña, Diego Hidalgo, Fernando de los Ríos, Isidoro Acevedo, Julián Gorkin, Julio Álvarez del Vayo, Luis Hoyos Cascón, María Teresa León, Óscar Pérez Solís, Pedro de Repide, Ramón J. Sender y Rodolfo Llopis; el ruso exiliado en Argentina, León Rudnitzky; los argentinos Elías Castelnuovo y Rodolfo José Ghioldi; el colombiano Ignacio Torres Giraldo y el peruano César Vallejo. Procedemos a su selección atendiendo a diversos criterios, como son el motivo por el cual los viajeros acuden a la Unión Soviética, sus diversas nacionalidades e ideologías políticas, y el espacio temporal de publicación de sus relatos, que cubre algo más de dos décadas, como puede apreciarse en la Tabla 1.

Así como el traductor pone a disposición de un lector un escrito en una lengua que puede no conocer y es, por tanto, responsable del viaje que el texto realiza al cruzar una frontera interlingüística, los escritores de libros de viajes, para Bassnett (2019, p. 550), son responsables de hacer llegar al lector la narración de sus experiencias en otra cultura. Tanto los traductores como los autores de relatos de viaje cohabitan en la zona de contacto en la que convergen las culturas, y, al igual que los primeros imprimen su sello creativo individual en sus reescrituras, el narrador de viajes negocia entre las culturas y traslada al lector sus impresiones subjetivas del mismo.

En este sentido, también Polezzi (2016, pp. 1-2) afirma que la literatura de viajes constituye un género complejo, híbrido y heterogéneo. Dado que todo viaje puede implicar cruzar fronteras, culturas y lenguas, este tipo de literatura

Tabla 1. Libros de viaje a la Unión Soviética (1920-1934)

Viajero/a	Nacionalidad	Ocupación	Ideología	Fecha y razón del viaje	Obra(s) estudiada(s)	
					Título	Fecha de publicación del original
Fernando de los Ríos	Española	Jurista	Socialista	1920 Reunión política en la Internacional Comunista	Mi viaje a la Rusia soviética	1921
Ángel Pestaña	Española	Periodista	Anarquista	1920 II Congreso de la III Internacional	Setenta días en Rusia. Lo que yo vi	1924
Isidoro Acevedo	Española	Tipógrafo	Comunista	1922 V Congreso Internacional Comunista	Impresiones de un viaje a Rusia	1923
Óscar Pérez Solís	Española	Militar	Comunista	1923 V Congreso Internacional Comunista	Un vocal español en la Komintern	2018
Julián Gorkin	Española	Periodista	Comunista	1925 Miembro Internacional Comunista	El revolucionario profesional. Testimonio de un hombre de acción	1975
Julio Álvarez del Vayo	Española	Periodista	Socialista	1926 Corresponsal de prensa	La nueva Rusia	1926
León Rudnitzky	Rusa-argentina	Periodista	Comunista	1927 Corresponsal de prensa	Rusia: la verdad de la situación actual del sôviet	2007
Rodolfo José Ghioldi	Argentina	Docente	Comunista	1928 VI Congreso Internacional Comunista	Un sábado comunista de los delegados extranjeros	2007
Diego Hidalgo	Española	Notario	Partido Republicano Radical	1928 Estudio Código Civil Soviético	Un notario español en Rusia	1930
Ignacio Torres Giraldo	Colombiana	Periodista	Comunista	1928 Congreso Internacional Sindical Rojo	Cincuenta meses en Moscú	2005

Tabla 1. Libros de viaje a la Unión Soviética (1920-1934, Continuación)

Viajero/a	Nacionalidad	Ocupación	Ideología	Fecha y razón del viaje	Obra(s) estudiada(s)	
					Título	Fecha de publicación del original
César Vallejo	Peruana	Escritor	Comunista	1928-1929 Cultural	<i>Rusia en 1931: Reflexiones al pie del Kremlin</i>	1931
Pedro de Repide	Española	Periodista	Liberal	1929 Invitación institución cultural	<i>La Rusia de ahora</i>	1930
Rodolfo Llopis	Española	Pedagogo	Socialista	1929 Congreso Panruso de Enseñanza	<i>Cómo se forja un pueblo. La Rusia que yo he visto</i>	1929
Elías Castelnuovo	Argentina	Periodista	Anarquista	1931 Corresponsal de prensa	<i>Yo vi...! en Rusia (Impresiones de un viaje a través de la tierra de los trabajadores)</i>	1933
					<i>Memorias</i>	1974
Julián Zugazagoitia	Española	Periodista	Socialista	1932 Invitación institución cultural	<i>Rusia al día</i>	1932
Luis Hoyos Cascón	Española	Notario	Progresista	1933 Viaje turístico	<i>El meridiano de Moscú o la Rusia que yo vi</i>	1933
Ramón J. Sender	Española	Escritor	Anarquista	1933 Invitación institución cultural	<i>Madrid-Moscú. Notas de viaje, 1933-1934</i>	2017
María Teresa León	Española	Escritora	Comunista	1934 Invitación institución cultural	<i>El viaje a Rusia de 1934 y otros recuerdos soviéticos</i>	2019
					<i>Memoria de la melancolía</i>	2021

produce obras marcadas por la alteridad, la distancia y lealtades enfrentadas, en las que se mezclan la realidad y la ficción, la autobiografía y la descripción, la vida cotidiana y hechos

extraordinarios. La escasa atención prestada a la traducción, a los traductores y a los textos traducidos en los estudios relacionados con los libros de viajes resulta paradójica, sobre todo

en el caso de un género directamente relacionado con la idea de transferencia y movilidad.

En este trabajo analizamos, en los libros de viaje a la Unión Soviética que estudiamos, aspectos apenas investigados hasta la fecha, entre ellos, los problemas de comunicación que afrontan los viajeros que no dominan el ruso en el contexto de la nueva realidad política derivada de la revolución bolchevique, de la que emerge un paisaje lingüístico y cultural propio, y nos remitimos al concepto de *espacio de traducción* en su vertiente más histórica (Simon, 2019; Yun, 2021, pp. 1-11). Abordamos, asimismo, la fluctuante relación de los viajeros con los intérpretes, figuras imprescindibles para el visitante foráneo, a decir de Vidal Claramonte (2012), cuya labor de mediación puede resultar, sin embargo, ambigua (Cronin, 2002, pp. 45-62), o ser tildada de traición (Mairs, 2011, pp. 64-81), en contextos políticos fuertemente polarizados.

En su aproximación al concepto de *planificación cultural*, Toury (2012, pp. 52-53) subraya la capacidad de las instituciones políticas de los Estados totalitarios para imponer cambios en los cánones culturales de sus respectivos países, al tiempo que Witt (2011, p. 151) incide en la escasa atención académica prestada a la traducción en el contexto específico de las diversas manifestaciones culturales derivadas de la Revolución rusa, o al papel de los traductores en las editoriales públicas soviéticas.

En este sentido, en este artículo, a partir de los testimonios recogidos en los materiales referidos, y en el prolífico contexto histórico descrito por Safiullina y Platonov (2012, pp. 239-269), analizamos el encuentro de los cronistas de viaje españoles e iberoamericanos con altos funcionarios de instituciones como la Sociedad de Relaciones Culturales de la URSS con el Extranjero (VOKS), que articula un conjunto de influyentes redes intelectuales transnacionales, en las que operan, como destacados agentes culturales, tanto editores como traductores, entre ellos, algunos prestigiosos hispanistas soviéticos, cuyas

biografías, como aconseja Kaindl (2021, p. 10), rescatamos para la historia de la traducción.

Los relatos de viaje nos permiten, además, conocer el papel del escritor en los organismos culturales de la URSS de la época, así como el surgimiento del nuevo canon del realismo socialista, también objeto de traducción.

Por último, como sugiere Hermans (2022, p. 120), nos aproximamos a la figura del traductor como agente que desempeña su labor en una coyuntura histórica concreta, determinada, a su vez, por las convenciones de los distintos géneros textuales, en nuestro caso la traducción sobre todo de escritos políticos, y por los debates ideológicos del momento. A partir del concepto de *traductor activista* (Gould y Tahmasebian, 2020, pp. 1-10), exploramos, además, en las crónicas de viajes, las dinámicas de trabajo de algunos traductores activistas españoles e iberoamericanos en organismos como el Instituto Marx-Engels-Lenin o el Instituto Internacional Leninista, y en especial en sellos editoriales dependientes de la Internacional Comunista (Comintern) a ambos lados del Atlántico.

1. Los retos de comunicación de los viajeros y la asistencia de traductores e intérpretes

Para Simon (2019, pp. 1-6), los *espacios de traducción* constituyen escenarios multilingües en los cuales las lenguas componen palimpsestos diversos, en los que es posible descubrir las heridas de la historia, y, por ello, la traducción se revela como un instrumento poderoso para describir el paisaje lingüístico de una región, un país o una ciudad, según ha sido o es moldeado por una sucesión de regímenes políticos, guerras y revoluciones.

A su llegada a la frontera soviética, los viajeros españoles e iberoamericanos conocen de primera mano una realidad política de la que no han tenido noticia más que a través de la prensa, o de los textos propagandísticos elaborados, en

muchos casos, por los partidos comunistas de sus respectivos países. Junto con otros visitantes extranjeros, son testigos de la revolución mundial que el nuevo Estado aspira a propagar, cuyos prosélitos, una “Babel de idiomas de todos los meridianos y todas las latitudes” (Pérez Solís, 2018, p. 38), entonan, en las más diversas lenguas, *La Internacional*, himno que Ghioldi (2007, p. 52) ve como “símbolo de unión de los obreros de los cinco continentes”.

Por su parte, Yun (2021, Pos. 6331-6341) explora la traducción en relación con los diferentes nombres de una ciudad en el tiempo, en tanto que construcciones semióticas que resumen la memoria de los regímenes políticos que la han dominado y que contribuyen a reescribir su historia. Durante la Primera Guerra Mundial, ya se dieron cambios de topónimos en el paisaje lingüístico de las ciudades rusas, como fue el caso de San Petersburgo, que pasó, por un decreto del zar, a denominarse Petrogrado, por razón del origen alemán del nombre. Desde las primeras semanas de la Revolución rusa y con posterioridad a su triunfo definitivo, los revolucionarios cambian, a su vez, los nombres de calles, edificios y ciudades, al tiempo que se destruyen o erigen monumentos, y numerosos carteles, señales y banderas ensalzan por doquier el nuevo régimen.

Así, Pestaña (1924, p. 16), en su crónica, recuerda que los invitados foráneos son recibidos en espacios públicos decorados con banderas rojas, bustos o retratos de Marx, Lenin y Trotsky, mientras que Zugazagoitia (1932, p. 18) repara en la presencia de carteles y literatura mural propagandística con frases como “¡Viva la revolución!”, o la invocación final del *Manifiesto comunista*: “¡Proletarios del mundo, uníos!”, que pueden leerse, como apunta Castelnuevo (1933, p. 54), en las más diversas lenguas del mundo.

Polezzi (2016, p. 77) afirma, además, que todo viaje a un país extranjero implica alguna forma de traducción. El viajero puede encontrarse rodeado de personas cuya lengua no domina, o

que no conocen la suya, y siempre va a querer establecer alguna clase de comunicación con ellas, aunque solo sea para cubrir sus necesidades básicas, y por ello, en muchos relatos, no faltan viajeros que optan por aprender la lengua local.

Para Zugazagoitia (1932, p. 22), la lengua constituye un instrumento indispensable para comprender la realidad política y socioeconómica de la Unión Soviética, mientras que Hidalgo (1930, p. 198) y Vallejo (2013, p. 689) señalan que una de las principales dificultades a las que se enfrenta el viajero es su desconocimiento del idioma ruso, circunstancia que Torres Giraldo (2005, p. 29) califica de “mortificante”. Castelnuevo se distingue de otros viajeros por haber aprendido el ruso “gramaticalmente en Argentina sin el auxilio de nadie”, aunque reconoce que “al hablarlo lo asesino magistralmente” (1933, p. 89).

El conocimiento del ruso no es siempre, por otra parte, una ventaja, como recuerda León Rudnitzky, un periodista ruso exiliado en Argentina tras la revolución de 1905, cuyo dominio del idioma ante unos guardias fronterizos le convierte en sospechoso de ser espía de los rusos blancos (Rudnitzky, 2007, p. 62).

Ante el problema de la comunicación, algunos viajeros recurren a lenguas intermedias como el francés, cuyos hablantes rusos, a decir de Álvarez del Vayo (1926, p. 162) y Repide (1930, p. 36), habían menguado un tanto, pese a haber sido la lengua de la aristocracia y la alta burguesía, aun cuando seguiría siendo vehicular en las sesiones de la Comintern, de acuerdo con los testimonios de Gorkin (1975, pp. 147 y 159) y Torres Giraldo (2005, p. 40).

En su estudio de las relaciones de dependencia entre periodistas extranjeros y traductores durante la Revolución rusa, Rodríguez-Espinosa (2023, p. 9) describe la hostilidad institucional y de la población rusa durante la Primera Guerra Mundial hacia ciudadanos de origen

alemán y la prohibición de emplear la lengua alemana en determinados espacios públicos, si bien, con posterioridad a la revolución, Hidalgo (1930, p. 191) y Zugazagoitia (1932, p. 132) afirman en sus relatos que el alemán es la nueva *lingua franca* con la que es posible mayoritariamente entenderse.

En cualquier caso, como recuerda Torres Giraldo, la comunicación constituirá un aún mayor desafío por la coincidencia de ciudadanos extranjeros de diferentes nacionalidades:

Por razón del idioma, mis compañeros me tomaron por español. El polaco hablaba un poco el ruso, el italiano un poco el francés y el francés un poco el italiano. El alemán era cerrado en su lengua. Yo chapuceaba algo el francés y también el alemán. (2005, p. 37)

El desconocimiento del ruso, la dificultad de encontrar personas que dominaran las principales lenguas habladas en la Unión Soviética y el riesgo de ser sospechoso de espionaje que, como indica Pérez Solís (2018, p. 204), representa el desplazamiento por cuenta propia en la URSS, hace que no pocos viajeros confíen en las habilidades de intérpretes y traductores seleccionados, en buena medida, por las distintas organizaciones e instituciones soviéticas.

En este sentido, Vidal Claramonte considera que el viajero que desconoce la lengua del país al que llega y debe utilizar al intérprete, “depende de él, de su hermenéutica”; sin embargo, los intérpretes son útiles “no sólo por lo que hacen sino también por quiénes son, parte de la otra comunidad, y como tales, conductos para conseguir información privilegiada desde dentro sobre esa sociedad y esa cultura, lo que les confiere autenticidad y verosimilitud” (2012, p. 63).

Pese a que Hidalgo (1930, p. 199) se queja de la falta de intérpretes, Pérez Solís (2018) se refiere en términos elogiosos a los políglotas que “hablaban tres y hasta cuatro idiomas” (p. 37), de los que tiene que valerse, salvo cuando

se comunica en francés. De los Ríos (1970) menciona a dos jóvenes intérpretes rusas que “se expresaban en francés, inglés, o alemán” (p. 30), y Torres Giraldo (2005, p. 30) apunta que varios traductores le asisten en sus actos en instituciones políticas, como la Secretaría de la Internacional Roja.

El corresponsal de prensa Álvarez del Vayo (1926, p. 183) habla de su “lector”, un secretario que se encarga de traducirle la prensa soviética durante su estancia en Moscú, y Castelnuevo (1933, pp. 97-100) recuerda que le auxiliaron un militar, un profesor de lengua y literatura, y una joven maestra de escuela que hablaba varios idiomas.

En ocasiones, los viajeros dotan de mayor visibilidad en sus narraciones a los intérpretes y traductores que colaboran con ellos como mediadores lingüísticos. Torres Giraldo (2005) detalla que una de sus traductoras era “una exactriz que había trabajado en París y en Roma” (p. 63), mientras que Pestaña (1924, pp. 12 y 108) se refiere a dos traductores, “Abramovich”, y “Schápiro” —quizás el mismo al que Pérez Solís (2018, p. 203) llama “Chapiro”, que bien podría tratarse de Abram Berkovich, un bielorruso de origen judío, que reside de joven en Cuba, perfecciona su castellano en el Instituto de Idiomas Modernos de Moscú y llega a ser asesor de prensa para América Latina y traductor en la Comintern (Jeifets y Jeifets, 2017, pp. 638)—.

Zugazagoitia (1932) muestra también su satisfacción por viajar acompañado de “la señora Lidia”, una universitaria rusa del Sindicato de Escritores Proletarios, que, “con una facilidad extraordinaria”, domina el español, el alemán y el francés y, además, “coquetea con el inglés” (p. 101).

Los traductores que operan en campos de batalla ideológicos sumamente polarizados, en los que no siempre es fácil distinguir entre amigos y enemigos, son a menudo descritos como figuras

de intermediación ambivalentes, detestadas y admiradas, privilegiadas y despreciadas (Cronin, 2002, p. 55). Al moverse, como señala Mairs (2011, p. 65), entre facciones, estar al tanto de información sensible y deber, con frecuencia, transmitir noticias no deseadas, en estos contextos de inestabilidad política, los traductores son susceptibles de ser tildados de traidores, un tópico tan antiguo como la profesión misma.

Pese a que, en principio, se da por sentado que la ideología de los intérpretes que ejercen sus funciones con los viajeros españoles e iberoamericanos coincide con la del régimen soviético y, en este sentido, Hoyos (1933) rememora cómo el guía que le acompaña le hace la siguiente advertencia: “tienen ustedes que irse acostumbando, si no lo están ya, a prescindir de convencionalismos burgueses” (p. 29), Zugazoitia (1932, p. 182) alude de forma velada a la buena posición económica de su intérprete Lidia, que de joven viajó por Francia, Suiza y Alemania, y a su militancia en las filas del partido de los socialistas revolucionarios.

Por su parte, el peruano Vallejo, a fin de garantizar la imparcialidad de su reportaje sobre la Unión Soviética, opta por pagar de su bolsillo los honorarios de una intérprete a la que describe como “sobreviviente de la burguesía zarista”, que no oculta su hostilidad al régimen y cuyas opiniones le permiten darse cuenta “de cuando tergiversa las cosas y de cuando me transcribe literalmente la verdad” (Vallejo, 2013, p. 572). Al respecto, Polezzi (2016, p. 78) subraya la posición ambigua de la figura del intérprete local, como aliado a la vez que potencial enemigo del viajero.

En el caso del viaje a la Unión Soviética, el intérprete es fuente tanto del poder que le confiere su dominio de la lengua como del posible conflicto resultante de su papel de mediador ante viajeros cada vez más escépticos respecto de cuanto observan en el país. Una maestra de escuela que traduce para Gorkin, según este relato, le confiesa, al poco de conocerlo, que no

es comunista, sino una “inadaptada” al nuevo régimen político, que trabaja de intérprete porque necesita ganarse la vida, ya que con la revolución vio desaparecer cuanto tenía, “y se perdieron en Rusia todas las cosas bellas que yo amaba” (pp. 169-170). Gorkin alaba la profesionalidad de su intérprete y muestra su sorpresa por cómo la traductora valora su “independencia de juicio” sobre el régimen soviético, aún más evidente tras su salida de la URSS.

2. El encuentro de los viajeros con los hispanistas soviéticos y los autores del realismo socialista

Además de por el hecho de ser uno de los autores rusos más traducidos de todos los tiempos, la figura de Maxim Gorki se distingue de la de sus compañeros de profesión por haber puesto en marcha en Petrogrado, entre 1918 y 1924, el proyecto editorial Vsemirnaia Literatura (Literatura Mundial), en el que implica a un buen número de escritores, periodistas, intelectuales, editores y, sobre todo, a traductores. En un principio, los propósitos de Gorki, que cuenta con el apoyo de Lenin, son ambiciosos, pues el catálogo no solo aspira a incluir la traducción de obras clásicas de la historia de la literatura mundial, sino también textos científicos y pedagógicos, a fin de contribuir a la educación del pueblo soviético y a la propaganda exterior de las conquistas culturales de la URSS. Literatura Mundial contribuirá, además, a establecer la traducción literaria como actividad profesional y a sentar las bases de la escuela soviética de traducción (Tyulenev, 2016, pp. 8-21).

Tras marchar Gorki a Italia, en 1921, por su crítica a la política bolchevique, el catálogo de Literatura Mundial se irá dispersando en varios sellos estatales, en los que la traducción constituirá un arma ideológica para la formación de un canon literario en el que tendrán cabida aquellos autores extranjeros que difundan la doctrina política del nuevo Estado (Rudnytska, 2022, pp. 41-43).

Los libros de viaje a la Unión Soviética, sobre todo los redactados a finales de la década de los veinte y a lo largo de la siguiente, describen instituciones públicas que fomentan espacios de intercambio cultural con prestigiosos intelectuales occidentales que manifiestan un interés creciente por los progresos económicos y sociales de la URSS. Como apuntan Safiullina y Platonov (2012, p. 252), hasta finales de los años treinta, la traducción y la publicación de literatura extranjera ocuparán un lugar significativo en la política cultural soviética, aunque también será fuente de suspicacias.

Al cumplirse veinte años del triunfo de la revolución, a pesar de la constitución de la Asociación Rusa de Escritores Proletarios, que pretende centralizar toda la actividad cultural del país, y pese a la influencia de la Unión de Escritores Soviéticos y de la Unión Internacional de Escritores Revolucionarios (MORP), las obras literarias occidentales podían ser aún traducidas en la URSS siempre que no realizaran una crítica explícita del régimen soviético. Sin embargo, conforme avanza la década, el creciente papel del Partido Comunista, los acuerdos de la Unión de Escritores Soviéticos, que imponen el realismo socialista como método creativo obligatorio para todo el arte soviético, y la cada vez mayor presencia de censores en el seno de las editoriales, darán paso a un contexto de aislamiento y empobrecimiento cultural.

El viaje de muchos cronistas españoles e iberoamericanos que franquean las fronteras de la Unión Soviética será patrocinado por la VOKS, o por la MORP. Hidalgo dedicará un espacio en su obra a alabar el importante papel de la VOKS y a negar su función propagandística, ya que, en su opinión, se trata de una “institución neutral que recibe y acoge por igual a hombres de todas las creencias, doctrinas o clases” (1930, p. 215). En su sede, Repide (1930), Hidalgo (1930), Castelnuovo (1933, p. 69) y Hoyos (1933) son a menudo recibidos por Olga Filippova, una prestigiosa hispanista que lleva gran parte del peso de la sección iberoamericana y habla el

español correctamente por haber residido en Cuba (Hoyos, 1933, p. 179; Repide, 1930, p. 23).

El encuentro entre viajeros españoles e iberoamericanos e hispanistas soviéticos ocupará, por ello, pasajes destacados en los testimonios consultados. Así, en su relato, Repide declara que uno de sus propósitos principales es entrevistarse con “intelectuales rusos amantes de las letras de España, que se ocupan de la traducción y difusión de los autores que pueden interesar en la Rusia actual” (1930, p. 88). Castelnuovo (1974, p. 162) rememora sus conversaciones con dos hispanistas que habían vertido al ruso autores del Río de La Plata, a los que encarga traducir *Los siete locos*, de Roberto Arlt, y *La vorágine*, de José Eustasio Rivera. Repide (1930, p. 89) coincide, además, con Aleksandr Dikgoff Derental, “descendiente de una aristocrática familia de origen báltico”, al que conocería en el Ateneo de Madrid. Sobre él, Hidalgo (1930) refiere, asimismo, que fue corresponsal en España de un periódico de San Petersburgo, y Llopis (1929, p. 177) alude a la estrecha relación de aquel, entre otros, con Blasco Ibáñez, Valle Inclán, Pérez Galdós, Pardo Bazán, Rusiñol y Baroja. Derental fue, además, editor del boletín de la VOKS y acabaría por ser fusilado en 1937 (Stern, 2007, p. 280).

Zugazagoitia (1932, p. 72) se refiere a Konstantin Derzhavin como presidente de la Sociedad de Hispanistas de Leningrado y estudioso del Siglo de Oro español, que en 1931 traduce al ruso *El Lazarillo de Tormes*, y en 1950, *El Buscón*, de Francisco de Quevedo. Además de conocer también a Derzhavin, Repide (1930) coincide con David Vigodski, del que indica que es autor de una *Historia de la literatura hispanoamericana*, “vicepresidente de la Sociedad Hispanista de Leningrado, que cuenta con más de cien afiliados” (p. 201), y el principal interlocutor de “gran cantidad de escritores hispanoamericanos”, al tiempo que fue crítico de la visión de Castelnuovo de la URSS por su falta de “optimismo revolucionario” (p. 201). En 1938,

Derzhavin es encarcelado en un proceso conocido como “El caso de los traductores” y pasa sus últimos años en Kazajistán, en un campo de trabajo, según relata Tiempo (2022, p. 35).

Por su parte, Hidalgo (1930) relata que tiene ocasión de saludar a Serguei S. Ignatov, “un eminente literato, que también conoce el español y que ha traducido varias obras del castellano al ruso”, que “trabaja en una de las grandes editoriales del estado, y organiza en Moscú la Exposición del Libro” (pp. 173-174). Ignatov resulta ser un estudioso de Blasco Ibáñez, traductor de Unamuno y autor, junto con el hispanista Fedor Kelyin, de un *Diccionario español-ruso*, que incluye voces de América Central y del Sur.

En su crónica, Sender (2017) define, a su vez, a Kelyin como un aristócrata, “que en los años anteriores al 17 dio su fortuna para trabajos de conspiración y propaganda” y como un amigo de “todos los españoles, que habla español, francés, italiano e inglés” (p. 119), además de ser traductor de obras de autores como Lope de Vega, Calderón, Martí, Ruiz de Alarcón, Baroja, Valle-Inclán, Machado, García Lorca, Alberti, Arconada, entre otros.

Sender (2017, pp. 182-184) sabe, asimismo, de la buena recepción de la traducción rusa de *Mala hierba*, de Baroja, si bien la editorial rechazó publicar *Los visionarios*, por contener una crítica social hartamente superficial. Comenta, además, que la primera edición de *Tirano Banderas* se agotó al poco de publicarse, pese a haber sido censurado el original en tres ocasiones por el Comité de Sección de Traducciones Artísticas (2017, pp. 182-184).

Hidalgo (1930) elogiará que cada ministerio del Gobierno soviético financie una editorial en las que “se traduce todo” (p. 191), y Zugazagoitia (1932), el propósito de las empresas estatales de publicar “todas las novedades que se producen en el mundo” y acompañar cada traducción de un prólogo de un escritor ruso en el que se “sitúa al autor y al libro en el plano

que, conforme a las ideas rusas, le corresponde” (p. 262).

La literatura de viajes a la Unión Soviética constituye, por otra parte, para los autores de lengua hispana, una oportunidad de describir el papel del escritor ante la nueva realidad política. Así, Vallejo (2013, p. 742) da cuenta de la existencia de un sindicato profesional, en tanto que Zugazagoitia (1932, p. 245), tras visitar, en compañía de su intérprete Lidia, la Casa Herzen (Dom Herzen), sede de la Asociación Soviética de Escritores Proletarios, concluye que el escritor disfruta en Rusia de una situación de privilegio, por las labores que puede realizar en las numerosas editoriales del Estado, y por los beneficios adicionales que obtiene en cuanto al alquiler de vivienda y la compra de alimentos.

Sender (2017) recibe, por otra parte, noticia del gran éxito de ventas de la traducción de su novela “antiimperialista y antibelicista” *Imán*, publicada en español por Cenit, en 1930, y de que la Editorial Federación le propone firmar un nuevo contrato para publicar otro libro del que cobrará “el primer plazo de los derechos” (p. 92). Al igual que Zugazagoitia, Sender (2017) constata que, gracias a la estatalización de las editoriales, en la URSS

[...] los escritores viven muy bien, cobran más derechos que en ningún otro país, agotan sus ediciones, a veces en la misma imprenta —antes de salir a las librerías—, y nadie trata de escamotearles un millar de ejemplares ni la más pequeña parte de sus derechos. (p. 134)

Algunos viajeros expresan su deseo de conocer a los principales escritores soviéticos, al tiempo que rinden homenaje a las grandes figuras de la literatura rusa. Ya a principios del siglo xx, las editoriales españolas Sempere, Maucci y Calpe inundan los países de lengua hispana de traducciones, no siempre completas, de las obras de Dostoievski, muchas de ellas vertidas a través del francés.

En el caso de Argentina, el catálogo de La Biblioteca del diario *La Nación*, compuesto por numerosas obras extranjeras en ediciones cuidadas y populares de gran éxito comercial, incluye obras de Turgeniev (*Aguas primaverales*, 1901), Tolstoi (*Resurrección*, 1905), Dostoievski (*El sueño del tío*, 1911) y Pushkin (*La hija del capitán*, 1916) (Willson, 2004, pp. 47-50). Castelnuovo publica varias obras en la editorial Claridad, creada en Buenos Aires por el español Antonio Zamora, que también recoge en su catálogo traducciones de Tolstoi, *¿Qué es el arte?*, y Dostoievski, *El sepulcro de los vivos*, ambas impresas en *Los Pensadores. Revista de Selección Universal*, en 1922 (Vera Cytryn, 2019, pp. 70-82).

En su crónica, Castelnuovo (1974, p. 170) se quejará, sin embargo, a un amigo suyo, el traductor soviético de los “escritores de Boedo”, del abandono de la tumba de Dostoievski, al que el argentino tiene por maestro. La segunda década del siglo xx verá una proliferación aún mayor de versiones de obras de Dostoievski a ambos lados del Atlántico, y de otros escritores rusos, como Leonid Andréiev, debidas, en algunos casos, a exiliados rusos, que traducen del texto original, si bien la calidad de las mismas no es siempre óptima (Morillas Esteban, 2011, p. 122). Por estas mismas fechas, Rafael Cansinos Assens, al que Borges considera también su maestro, acometerá la tarea de traducir la obra completa de Dostoievski, finalmente publicada en Madrid por la editorial Aguilar en 1935.

Un mito viviente de la literatura rusa para cualquier escritor que por entonces viajara a la URSS es Maxim Gorki, al que ya nos hemos referido, cuya obra empieza a publicarse en España en la primera década del siglo xx. Las editoriales Luis Tasso, Maucci y Sempre comercializan numerosas traducciones de este autor, también en la América de habla hispana, muchas de ellas del francés, como la versión de Rubén Darío de la novela *Fomá Gordéiev*, editada por Maucci en 1902 (Schanzer y

Gaidasz, 1967, pp. 315-331). Dicho texto, según estudios recientes, se correspondería con el de una traducción efectuada, a instancias del poeta nicaragüense, por un tal “F. Sarmiento”, para la Biblioteca de *La Nación* de Buenos Aires, rechazada por los editores por su escasa calidad (Schmigalle, 2021, pp. 165-181).

Gorki, al que sus contemporáneos consideran el fundador del realismo socialista, regresa en 1929 a la Unión Soviética. Stalin pone su nombre a calles, plazas y parques, le condecora con la Orden de Lenin y le regala una lujosa residencia, en donde el dictador, reunido con otros destacados autores con motivo del primer Congreso de la Unión de Escritores Soviéticos, celebrado en agosto de 1934, afirmará que son “ingenieros del alma” (Westerman, 2011, p. 34).

Allí, Castelnuovo (1974, pp. 168), al que también se conoce como “el Gorki argentino” (Tarcus, 2017, p. 144), solo tiene oportunidad de ver en la distancia a su admirado maestro, posiblemente por estar este ya aquejado de problemas de salud. María Teresa León asiste al congreso, acontecimiento en el que, según León, “jamás la unidad del pueblo y la cultura se dio tan claramente” (2021, p. 69). La activista cultural, que envía crónicas sobre el congreso a la prensa española, se hace eco del homenaje que escritores de todo el mundo realizan a un anciano Gorki, un autor cuya obra cuenta con “miles de ediciones y millones de ejemplares” (León, 2019, p. 69).

Los viajeros dan fe, asimismo, del nacimiento de una nueva literatura rusa que, en palabras de Vallejo, corresponde “estrictamente al pensamiento dialéctico de Marx” (2013, p. 730). La secretaria general de la Casa Herzen indica a Zugazagoitia (1932) que, en la nueva situación política, necesitan “literatura de clases, no poética” (citada en Zugazagoitia, 1932, p. 245). Sender (2017) observa que los escritores “no hablan apenas de literatura, sino de política” (p. 119), mientras que Castelnuovo

(1933, p. 134) afirma que en la Unión Soviética no se admite la neutralidad de nadie.

Los viajeros dejarán constancia en sus libros de los nombres de los nuevos escritores soviéticos, muchos de los cuales serán traducidos al español a finales de los años veinte o a lo largo de la siguiente década. Así, Repide (1930, p. 238) y León (2021, p. 70) mencionan a Isaac Babel, cuya obra *La caballería roja*, comercializan Biblos en Madrid, en 1927, Publicaciones Mundial en Barcelona, en 1930, y Fénix, también en Madrid, en 1934.

En el Congreso de Escritores Soviéticos, León (2021, p. 70) conoce, además, a Mijail Sholójov, autor de *Sobre el don apacible*, vertido a nuestra lengua por Vicente S. Medina y José Carbó para la editorial Argis, de Madrid, en 1930, y de *Campos roturados*, que la propia María Teresa León traducirá en 1936, junto con J. Ledesma, para Ediciones Europa-América, sello financiado por la Comintern.

Repide (1930, p. 235) se refiere, asimismo, a las numerosas traducciones que conoce la novela *El cemento*, de Fedor Gladkov, entre ellas la vertida por José Viana, y prologada por el también viajero Julio Álvarez del Vayo para la editorial Cenit de Madrid en 1928, que publicará luego Ercilla, en Santiago de Chile, en 1936, o *El tren blindado n.º 14-69*, de Vsévolod Ivánov, con traducción de Tatiana Enco de Valero para la editorial Revista de Occidente en 1926. Repide (1930, p. 239) cita, además, a Boris Pilniak, cuyas novelas *El año desnudo* y *El Volga desemboca en el mar Caspio* fueron publicadas tanto en Madrid, por Jason, en 1929, y por Hoy, en 1931, como en Valparaíso, por la Imprenta Aurora ese mismo año, y a Lidia Seifullina, autora de *Caminantes*, traducida por Enco de Valero, de nuevo para Revista de Occidente, en 1926, y reeditada en Santiago de Chile por la Imprenta El Correo, en 1934, y por Ercilla, en 1937.

Zugazagoitia (1932, p. 248) mantiene que los autores de mayor éxito en el mercado soviético

serán Maxim Gorki y Aleksandr Fadéyev, por haber alcanzado un libro del segundo una tirada de 300 000 ejemplares. Esta obra de Fadéyev, *La derrota*, la traduce L. Guerrero para Ediciones Europa-América en 1929. Zugazagoitia (1932, p. 248) se refiere, asimismo, a la popularidad de Leónidas Leonov, cuyos textos no tardan tampoco en llegar al mercado editorial en lengua española. Su novela *Los tejones* es traducida por Enco de Valero para Revista de Occidente en 1926; *Los aldeanos de Vory*, por Carlos Guerendiain y R. J. Slaby para la Editorial Cervantes, de Barcelona, en 1928; *Edificación*, por Guillermo Neumann y Felipe Ximénez de Sandoval, editada por Cenit en 1931, año en el que la editorial Nosotros de Madrid publica, además, *Agua turbia y 11 cuentos rusos modernos*.

En España, la traducción de títulos de los nuevos escritores soviéticos vivirá a finales de la década de los veinte una época dorada en diversas editoriales, además de las ya mencionadas Revista de Occidente y Cenit, como las denominadas burguesas Espasa-Calpe y Biblioteca Nueva, o las de signo izquierdista como Zeus u Oriente (Elorza y Bizcarrondo, 1999, p. 83; Navarra, 2016, p. 16).

Cenit, cuyo gerente es Rafael Giménez Siles, es, de entre ellas, la editorial de avanzada más importante de aquellos años, que apuesta en mayor medida por incluir en su catálogo libros de viaje a la Unión Soviética, a veces con el apoyo económico de la Comintern, teniendo también en mente el mercado iberoamericano (Martínez Rus, 2023, p. 34). Sender, Vallejo y Álvarez del Vayo se contarán entre los principales autores que colaboran con Cenit, sello en el que Diego Hidalgo, cofundador de la editorial y ministro de la II República española, publica *Un notario español en Rusia* (1930), que alcanza tres ediciones y es traducida al francés en 1931 por Editions Monde (Elorza y Bizcarrondo, 1999, p. 82). Tres años después, Cenit publicará otro interesante libro de viajes a la URSS, *El meridiano de Moscú o la Rusia que yo vi*,

de Luis Hoyos Cascón, con prólogo del propio Hidalgo (Navarra, 2016, p. 147).

3. Los viajeros y los traductores de la Internacional Comunista

Uno de momentos más esperados por los viajeros de habla hispana llegados a la URSS es el encuentro con los principales dirigentes soviéticos. Como señala Rodríguez-Espinosa (2023, p. 9), tanto Lenin como Trotski concedían una enorme importancia a sus encuentros con los corresponsales de prensa extranjeros que, a su vez, anhelaban conseguir entrevistas con dichos líderes bolcheviques, en las que se les describe como versátiles políglotas.

El socialista español Fernando de los Ríos nos habla de una reunión a la que asiste, presidida por Lenin, el hombre “que simboliza la acción en su máximum revolucionario” (1970, p. 51), y el comunista Acevedo alude al “correcto alemán” (1923, p. 23) del mítico revolucionario. Al igual que le ocurre con Lenin, Acevedo (1923, p. 24) queda fascinado por la capacidad de Trotski de expresarse indistintamente en alemán y en francés.

El también comunista Pérez Solís (2018), que conoce a Trotski en junio de 1924 en el mitin inaugural del v Congreso de la Comintern, refiere que le habló “chapurreando pintorescamente algunas frases en castellano macarrónico” (p. 45). La figura de Trotski, expulsado de la URSS en 1929, constituirá, además, una presencia velada en la entrevista del español Pérez Solís con Stalin, que lo recibe en el Kremlin con la exigencia de que fuera acompañado de “un traductor que supiera ruso” (2018, p. 75). Dicho traductor resultó ser Andreu Nin, que dominaba el idioma “a la perfección”.

La opción de elegir un intérprete no era, sin embargo, habitual, puesto que las autoridades soviéticas preferían a sus propios traductores, como apunta Godayol (2013, p. 163) en su trabajo sobre el viaje de la escritora catalana

Montserrat Roig a Leningrado, que esta reflejaría en *L'agulla daurada* (1985), obra en la que describe su dependencia de intérpretes asignados por el Gobierno soviético, que “como individuos múltiples y fugaces que enmascaran y desenmascaran, facilitan la (in)comprensión, velan y revelan unos hechos, reinterpretan una realidad y hacen llegar la memoria del Otro de maneras diferentes, a primera vista contradictorias, siempre necesarias por complementarias” (2012, p. 163).

Stalin mostraría una actitud “desabrida”, “algo enojosa” hacia Pérez Solís y Andreu Nin, sin dignarse a mirarlos más que “un par de veces”, en una recepción que apenas llegó a los quince minutos. Pérez Solís (2018), en principio, achaca la conducta de Stalin a que a Nin lo tildaban de “trotskista” y a que él mismo había cruzado la frontera soviética con una “traducción francesa de un folleto de Trotski”; aunque, por otra parte, culpa a su intérprete de haber quizás provocado el mal humor de Stalin, dado que al traducir las preguntas del castellano al ruso Nin hacía “lo que le daba la gana” (pp. 75-77).

María Teresa León (2019, p. 148) menciona también en sus memorias su primera entrevista, en 1932, con Stalin, que le habla de sus lecturas de las novelas de Blasco Ibáñez y de la publicación anarquista catalana *La Revista Blanca*. Sobre una recepción posterior, ya en plena guerra civil española, León (2019) rememora haber estado “ante uno de los seres más extraordinarios del mundo”, así como “la voz tranquila con la que hablaba a nuestra traductora” (pp. 160-162).

De su viaje a la URSS, Gorkin (1975) describe, asimismo, su visita a las sedes de la Comintern y del Instituto Marx-Engels-Lenin, cuyo director, David Riazánov, le conduce a través de unas dependencias “llenas de libros, de manuscritos, de ediciones raras, de colecciones de periódicos y revistas, de folletos y cartas autógrafas” (p. 148), entre las que ocupan un lugar destacado las obras de Karl Marx.

En este sentido, cabe señalar que, en torno a 1887, ya circula una edición en lengua española del primer tomo de *El capital* y, desde entonces, se registran doce traductores de la obra, seis españoles (Pablo Correa y Zafrilla, Juan Manuel Figueroa y colegas, Vicente Romano y Manuel Sacristán, más otros dos exiliados en México: Manuel Pedroso y Wenceslao Roces), cuatro argentinos (Juan B. Justo, Juan E. Hausner, Floreal Mazía y Raúl Sciarretta), un uruguayo (Pedro Scaron) y un chileno (Cristián Fazio), lo cual, como bien observa Tarcus (2018, Pos. 385-393), hace imposible hablar de una historia española o latinoamericana de la recepción de *El capital*, y nos lleva a apreciarla como un caso de historia transatlántica (Tarcus 2018, Pos. 385-393).

La institución que dirige Riazánov, encargada de velar por la pureza de los textos de los teóricos del marxismo, autorizará una traducción del primer tomo de *El capital*, de Karl Marx, de Wenceslao Roces, catedrático de derecho romano y miembro del Partido Comunista de España, que publicará la editorial Cenit en 1934. Tras la Revolución de Asturias, Roces viaja a la Unión Soviética, donde trabaja en Ediciones Cooperativas de los Obreros Extranjeros. Al término de la guerra civil española, se exilia en México, país en el que publica, entre 1946 y 1947, su traducción completa de *El capital* en el Fondo de Cultura Económica (Tarcus, 2018, Pos. 393).

Muchos de los viajeros estudiados en este trabajo han sido tildados de “compañeros de viaje”, o “compañeros de ruta”, es decir, simpatizantes de los principios y objetivos de la ideología del novedoso proyecto revolucionario que planteaba el Estado soviético, pese a no militar en el Partido Comunista. Al respecto, Gould y Tahmasebian (2020, pp. 3-8) definen al *traductor activista* como aquel mediador lingüístico y cultural cuya labor de traducción desafía discursos hegemónicos de determinados periodos históricos, pretende ocupar un lugar en la reescritura de la “historia de los

oprimidos” y participar en ciertos cambios sociales, políticos y económicos. En estos contextos, el traductor es un agente que participa en un acto revolucionario colectivo que aspira a influir en el mayor número de lectores posibles a través de las obras traducidas.

Los libros de viaje a la Unión Soviética constituyen, por ello, una fuente de información privilegiada sobre la labor de los traductores activistas en el seno de determinadas editoriales dependientes del proyecto político internacionalista de la Comintern. Así, Gorkin (1975) relata su visita, a finales de 1929, a Andreu Nin, hasta entonces segundo secretario de la Internacional Sindical Roja y partidario de Trotski en la disputa por el poder tras la muerte de Lenin.

Una vez apartado de sus cargos oficiales, Nin permanece en libertad vigilada en su habitación del Hotel Lux, donde trabaja como traductor para la casa editorial Europa-América, financiada por la Comintern, con sede en París desde su fundación tras el VI Congreso de la Comintern. Sus traducciones se publican sin su nombre, dado que, al haberse declarado trotskista, “estaba obligado a trabajar para la Internacional con el nombre silenciado” (Gorkin, 1975, p. 163).

Entre 1929 y 1930, Nin traduce tres libros de Lenin, *Páginas escogidas*, *El Estado y la revolución* y *El imperialismo como etapa superior del capitalismo*; de Yemelián Yaroslavski, *Historia del partido bolchevique*; de Gueorgui Plejánov, *Anarquismo y socialismo* y *El socialismo y la lucha política*; de Nadezhda Krúpskaya, *Lenin (recuerdos)*; y de Lenin, Plejánov y Riazánov, *Marx como hombre, pensador y revolucionario*, con gran difusión en ambos lados del Atlántico (Navarra, 2016, pp. 95-97).

Saldanha y O’Brien (2014, pp. 219-223) subrayan la importancia de incluir, en los estudios de caso sobre la actividad de los traductores en instituciones privadas o públicas, información

acerca del “clima literario y político” en que se desempeñan, y de las reglas que gobiernan su labor traductora, así como datos sobre el lugar físico donde desarrollan su trabajo y otros aspectos materiales derivados del mismo. Los libros de viajes constituyen, a este respecto, una fuente de información privilegiada sobre espacios de traducción de otra manera inaccesibles a los investigadores.

Jesús Ibáñez es, quizás, en este sentido, uno de los traductores de organismos internacionales soviéticos que más citan los viajeros. Hidalgo (1930) le visita en su habitación del Hotel del Comercio, reservado a funcionarios de los sindicatos soviéticos, y lo descubre sentado en su “mesa de trabajo, cargada de libros, con una máquina de escribir de viaje en el centro”, con la que traduce del ruso al español (pp. 181 y 189).

Ibáñez es muy amigo de Nin y con él vierte al castellano la obra *Mis peripecias en España*, de Trotski, en la que, según Hidalgo (1930), conservan “los matices de ironía y gracejo con que el famoso caudillo narra las incidencias de su viaje” (p. 191). Repide (1930), que también conoce a Ibáñez, afirma que domina “el ruso como su lengua nativa, y trabaja constantemente en traducciones de uno a otro idioma, casi todas por encargo” (p. 93). Hoyos (1933), por su parte, destaca de su entrevista con el traductor que “hablara alto y sin miedo” (p. 55) sobre su escepticismo respecto de la evolución del régimen soviético.

El caso del colombiano Torres Giraldo es un tanto paradigmático y algo distinto del anterior, ya que nos ofrece datos acerca de la formación que recibe un traductor activista en el seno de las instituciones políticas de la Unión Soviética. Un alto funcionario de la Comintern, Dmitri Manuilski, le anima a realizar en 1931 un curso de nueve meses en el Instituto Internacional Leninista, principal escuela de formación política del Estado soviético, que incluye el estudio del idioma ruso, uno de los

usados en dicha institución, junto con el alemán, el inglés y el francés.

La afluencia de nuevos alumnos de lengua española, entre ellos “un líder de masas del Perú”, y las gestiones de “un profesor soviético que aprende el idioma de Castilla” (Torres Giraldo, 1985, p. 93) y del mismo Torres Giraldo favorecerán la creación de un espacio lingüístico propio en el centro. Entre sus responsabilidades estará velar por la fidelidad de la traducción de los materiales de estudio de los alumnos de habla hispana y servir de intérprete en las reuniones (1985, p. 93).

Recibe, asimismo, el encargo de realizar la traducción de un folleto propagandístico, *La révolte de la Mer Noire*, del líder comunista francés André Marty, que será vertido a diversas lenguas y publicado por editoriales de la órbita de la Comintern (Torres Giraldo, 1985, p. 184). La traducción la lleva a cabo en colaboración con un dirigente argentino de quien no dice el nombre, quien acude a Moscú a un curso, y el plan de trabajo que estipulan establece reuniones por la noche de dos horas, en las que el colombiano lee el texto en francés y lo vierte al castellano para que el argentino, “que era perito en gramática”, copiara lo dictado “debidamente ajustado a las exigencias del idioma” (pp. 202-203), tras lo cual leen conjuntamente cada página de la traducción, mientras discuten sobre ciertos modismos rioplatenses. Por la traducción de la obra de Marty, de unas setecientas páginas, reciben mil doscientos rublos, cantidad que les parece “muchísima plata” (Torres Giraldo, 1985, pp. 202-203).

Marty, además de alto funcionario de la Comintern y autor de la obra que ambos traducen, será una figura influyente en la redacción en lengua española de Ediciones Europa-América en Moscú, que desarrollará parte de su actividad en París y posteriormente en Barcelona, tras la proclamación de la II República (Elorza y Bizcarrondo, 1999, p. 86).

4. Conclusiones

Los libros de viaje a la URSS ofrecen una imagen del visitante extranjero en un espacio inexplorado de traducción, en el cual, hasta en las calles de las ciudades, los signos del poder zarista han sido sustituidos por nuevos símbolos que escribirán la historia de un régimen político de vocación internacionalista.

El desconocimiento del idioma ruso constituye el principal escollo de los viajeros a la hora de comunicarse, para lo que recurren a lenguas intermedias como el francés o el alemán, de mayor o menor utilidad en función de la situación política internacional, o establecen relaciones de dependencia con intérpretes, en principio seleccionados por las autoridades soviéticas.

Las crónicas de los viajeros iberoamericanos dotan además de visibilidad a toda una nómina de mediadores lingüísticos, entre ellos algunas mujeres, que o bien describen la URSS como el “paraíso del proletariado”, o veladamente trasladan al visitante sus desavenencias con el régimen político derivado de la revolución, por las que pueden ser acusados de traición.

Los libros de viaje a la URSS constituyen un relevante material de estudio poco atendido hasta la fecha a la hora de explorar el papel central de la traducción en tan destacado periodo histórico de intercambio cultural, sobre todo en editoriales públicas, pese al creciente poder de la censura política del Partido Comunista, que acabará por centralizar y cercenar la publicación de autores extranjeros.

Los relatos de viajes que firman escritores en buena medida patrocinados por instituciones culturales soviéticas como la VOKS o el MORP, nos ofrecen un variado retrato de prestigiosos miembros de la Sociedad de Hispanistas, como Aleksandr Digkoff Derental, Konstantin Kerzhavin, Sergue S. Ignatov o Fedor

Kelyin, estudiosos y traductores de los principales autores iberoamericanos, algunos de los cuales serán víctimas de las purgas de Stalin.

Los viajeros alabarán, por otra parte, el excelente funcionamiento de las innumerables editoriales estatales, en las que el traductor ocupa un destacado papel, y el escritor se beneficia de contratos justos y del cobro de derechos de autor.

Los libros de viaje a la Unión Soviética nos convierten, además, en observadores privilegiados del trabajo de las editoriales dependientes de la Comintern y el Instituto Marx-Engels-Lenin, entidad, esta última, encargada de velar por la integridad de los textos de los principales teóricos marxistas, y de la labor de los traductores activistas, representados en las figuras de Andreu Nin y Julio Ibáñez, ya sospechosos, a finales de la década de los veinte, de fidelidades trotskistas, o del colombiano Ignacio Torres Giraldo, militante estalinista de nuevo cuño, forjado en la escuela leninista.

El testimonio de algunos viajeros constituye una destacada fuente de información sobre los privilegios derivados del aprendizaje del ruso para el militante comunista extranjero, el espacio físico en el que llevan a cabo su labor los traductores, las editoriales para las que trabajan, como Europa-América, con ediciones de gran difusión en los países de habla hispana, y los autores de textos políticos que han vertido y vierten en el momento de entrevistarse con los visitantes foráneos, que nos permite incluso observar cómo abordan un determinado proyecto de traducción.

Algunos viajeros tanto españoles como iberoamericanos tendrán, asimismo, oportunidad de conocer a figuras míticas de la literatura rusa, como Maxim Gorki, y seguir de cerca la evolución del nuevo canon de autores soviéticos del realismo socialista, muchos de ellos ya traducidos al español en proyectos editoriales

de avanzada de ambos lados del Atlántico, como el de Cenit, financiados, en muchos casos, por la Comintern, en el que algunos de los viajeros estudiados participan en calidad de autores, traductores y hasta accionistas mayoritarios, como ocurre con el notario Diego Hidalgo.

Agradecimientos

Queremos agradecer la colaboración de los responsables del Servicio de Intercambio Bibliotecario de la Biblioteca de Humanidades de la Universidad de Málaga, de la Biblioteca Nacional Mariano Moreno (Buenos Aires) y de la Biblioteca Daniel Cosío Villegas de El Colegio de México (Ciudad de México).

Referencias

- Acevedo, I. (1923). *Impresiones de un viaje a Rusia*. Imprenta Hijo de A. P. Santamaría.
- Álvarez del Vayo, J. (1926). *La nueva Rusia*. Espasa-Calpe.
- Bassnett, S. (2019). Translation and travel writing. En D. Nandini y T. Youngs (Eds.), *The Cambridge history of travel writing* (pp. 550-564). Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/9781316556740.036>
- Castelnuovo, E. (1933). *Yo vi...! en Rusia (Impresiones de un viaje a través de la tierra de los trabajadores)*. Rañó.
- Castelnuovo, E. (1974). *Memorias*. Ediciones Culturales Argentinas.
- Cronin, M. (2002). The empire talks back: Orality, heteronomy, and the cultural turn in interpretation studies. En M. Tymoczko y E. Gentzler (Eds.), *Translation and power* (pp. 45-62). University of Massachusetts.
- Cytryn, L. V. (2019). La colección Los Nuevos de la Editorial Claridad. Un análisis desde los criterios materiales y literarios de su composición. *Amoxltli*, (2), 70-82.
- De los Ríos Urruti, F. (1970). *Mi viaje a la Rusia soviética*. Alianza.
- Elorza, A. y Bizcarrondo, M. (1999). *Queridos camaradas. La Internacional Comunista y España, 1919-1935*. Planeta.
- Ghioldi, R. (2007). Un sábado comunista de los delegados extranjeros. En S. Saítta (Ed.), *Hacia la revolución. Viajeros argentinos de izquierda* (pp. 50-53). Fondo de Cultura Económica.
- Godayol, P. (2013). Traducir el sitio de Leningrado: de intérpretes e (in)comprensiones en *La aguja dorada* de Montserrat Roig. En M. C. A. Vidal Claramonte y M. R. Martín Ruano (Eds.), *Traducción, política(s), conflictos: Legados y retos para la era del multiculturalismo* (pp. 161-175). Comares.
- Gorkin, J. (1975). *El revolucionario profesional. Testimonio de un hombre de acción*. Ayma.
- Gould, R. R. y Tahmasebian, K. (2020). Introduction: Translation and activism in the time of the now. En R. R. Gould y K. Tahmasebian (Eds.), *The Routledge handbook of translation and activism* (pp. 1-10). Routledge. <https://doi.org/10.4324/9781315149660-1>
- Hermans, T. (2022) *Translation and history. A textbook*. Routledge. <https://doi.org/10.4324/9781315178134>
- Hidalgo, D. (1930). *Un notario español en Rusia. Cenit*.
- Hoyos Cascón, L. (1933). *El meridiano de Moscú o la Rusia que yo vi*. Cenit.
- Jeifets, V. y Jeifets, L. (2017). *América Latina en la Internacional Comunista, 1919-1943. Diccionario biográfico*. Clacso. https://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20170929050638/America_Latina_en_la_internacional_comunista.pdf
- Kaindl, K. (2021) (Literary) translator studies. Shaping the field. En K. Kaindl, W. Kolb y D. Schlager (Eds.), *Literary translator studies* (pp. 1-38). John Benjamins. <https://doi.org/10.1075/btl.156.int>
- León, M. T. (2019). *El viaje a Rusia de 1934 y otros recuerdos soviéticos*. Renacimiento.
- León, M. T. (2021). *Memoria de la melancolía*. Renacimiento.

- Llopis, R. (1929). *Cómo se forja un pueblo. La Rusia que yo he visto*. Editorial España.
- Maier, C. (2007). The translator as an intervenient being. En J. Munday (Ed.), *Translation as intervention* (pp. 1-27). Continuum.
- Mairs, R. (2011). Translator, traditor: The interpreter as traitor in classical tradition. *Greece and Rome*, 58(1), 64-81. <https://doi.org/10.1017/S0017383510000537>
- Martínez Rus, A. (2023). *Edición y compromiso. Rafael Giménez Siles, un agitador cultural*. Renacimiento.
- Morillas Esteban, J. (2011). F. M. Dostoievski en España. *Mundo Eslavo*, (10), 119-143. <https://revistaseug.ugr.es/index.php/meslav/article/view/17502>
- Navarra, A. (2016). *El espejo blanco. Viajeros españoles en la URSS*. Fórcola.
- Pérez Solís, Ó. (2018). *Un vocal español en la Komin-tern*. Renacimiento.
- Pestaña, Á. (1924). *Setenta días en Rusia. Lo que yo vi*. Tipografía Cosmos.
- Polezzi, L. (2016). *Translating travel. Contemporary Italian travel writing in English translation*. Routledge. <https://doi.org/10.4324/9781315235738>
- Repide, P. (1930). *La Rusia de ahora*. Compañía IberoAmericana de Publicaciones.
- Rodríguez-Espinosa, M. (2023). The translators who shook the world: Journalists and translators in the Russian Revolution. *Perspectives: Studies in Translation Theory and Practice*, 31(3), 470-483. <https://doi.org/10.1080/0907676X.2022.2155560>
- Rudnytska, N. (2022). Translation and the formation of the Soviet canon of world literature. En C. Rundle, A. Lange y D. Monticelli (Eds.), *Translation under communism* (pp. 40-71). Palgrave-Macmillan. https://doi.org/10.1007/978-3-030-79664-8_3
- Rudnitzky, L. (2007). Rusia: la verdad de la situación actual del sóviet. Impresiones recogidas por un enviado especial de *Crítica* a la tierra de Lenin. En S. Saítta (Ed.), *Hacia la revolución. Viajeros argentinos de izquierda* (pp. 54-77). Fondo de Cultura Económica.
- Rundle, C. y Rafael, V. (2016). History and translation: The event of language. En Y. Gambier y L. van Doorslaer (Eds.), *Border-Crossings. Translation studies and other disciplines* (pp. 23-47). John Benjamins. <https://doi.org/10.1075/btl.126.02run>
- Safiullina, N. y Platonov, R. (2012). Literary translation and Soviet cultural politics in the 1930s: The role of the journal *Internacional'naja literatura*. *Russian Literature*, 72(2), 239-269. <https://doi.org/10.1016/j.ruslit.2012.08.005>
- Saítta, S. (Ed., 2007). *Hacia la revolución. Viajeros argentinos de izquierda*. Fondo de Cultura Económica.
- Saldanha, G. y O'Brien, S. (2014). *Research methodologies in translation studies*. Routledge. <https://doi.org/10.4324/9781315760100>
- Schanzer, G. O. y Gaidasz, B. (1967). Rubén Darío, traductor de Gorki. *Revista Iberoamericana*, 33(64), 315-331. <https://doi.org/10.5195/reviberoamer.1967.2630>
- Schmigalle, G. (2021). Darío, F. Sarmiento, Máximo Gorki y la "Biblioteca de La Nación", (an)ecdótica, 5(1), 165-181. <https://doi.org/10.19130/iifl.anec.2021.5.1.19789>
- Sender, R. J. (2017). *Madrid-Moscú. Notas de viaje, 1933-1934*. Fórcola.
- Simon, S. (2019). *Translation sites. A field guide*. Routledge. <https://doi.org/10.4324/9781315311098>
- Stern, L. (2007). *Western intellectuals and the Soviet Union, 1920-40: From red square to the left bank*. Routledge. <https://doi.org/10.4324/9780203008140>
- Tarcus, H. (Ed.), (2017). *Primeros viajeros al país de los soviets. Crónicas porteñas 1920-1934*. Ministerio de Cultura Ciudad Autónoma de Buenos Aires.
- Tarcus, H. (2018). *La biblia del proletariado. Traductores y editores de El capital en el mundo hispano-hablante*. Siglo XXI.
- Tiempo, C. (2022). *Querido Zeitlin*. Eudeba.

- Torres Giraldo, I. (2005). *Cincuenta meses en Moscú*. Universidad del Valle.
- Toury, G. (2012). *Descriptive translation studies – and beyond*. John Benjamins. <https://doi.org/10.1075/btl.100>
- Tyulenev, S. (2016). “Vsemirnaia Literatura”: Intersections between translating and original literary writing. *The Slavic and East European Journal*, 60(1), 8-21. <https://doi.org/10.30851/60.1.002>
- Vallejo, C. (2013). *Rusia en 1931: Reflexiones al pie del Kremlin*. Ediciones Ulises.
- Vidal Claramonte, M. C. Á. (2012). *La traducción y los espacios: viajes, mapas, fronteras*. Comares. <https://doi.org/10.3726/978-3-653-00766-4>
- Westerman, F. (2011). *Engineers of the soul: The grandiose propaganda of Stalin's Russia*. (S. Garrett, Trad.). Vintage.
- Willson, P. (2004). *La constelación del Sur. Traductores y traducciones en la literatura argentina del siglo XX*. Siglo XXI.
- Witt, S. (2011). Totalitarianism and translation in USSR. In En B. J. Baer (Ed.), *Contexts, subtexts and pretexts. Literary translation in Eastern Europe and Russia* (pp. 149-170). John Benjamins. <https://doi.org/10.1075/btl.89>
- Yun, H. (2021). Cities and desires. Translating Seoul. En T. K. Lee (Ed.), *The Routledge handbook of translation and the city* (pp. 1-11). Routledge. <https://doi.org/10.4324/9780429436468-15>
- Zugazagoitia, J. (1932). *Rusia al día*. Editorial España.

Cómo citar este artículo: Rodríguez-Espinosa, M. (2024). Traductores e intérpretes en la literatura de viajes a la Unión Soviética publicada en España e Iberoamérica (1924-1934). *Mutatis Mutandis, Revista Latinoamericana de Traducción*, 17(2), 326-345. <https://doi.org/10.17533/udea.mut.v17n2a05>